

## **Solemnidad de San Pedro y San Pablo (29-06-23)**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

- Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico, Monseñor Paolo Rocco Gualtieri
- Eminencia Reverendísima, Cardenal Pedro Barreto Jimeno, Arzobispo de Huancayo
- Excelentísimo Monseñor Miguel Cabrejos Vidarte, Arzobispo de Trujillo Presidente de la Conferencia Episcopal Peruana
- Señor Ministro de Trabajo, Antonio Fernando Varela Bohórquez
- Señora Ministra del Ambiente, Albina Ruiz Ríos
- Señor Ministro de Desarrollo e Inclusión Social, Julio Javier Demartini Montes
- Queridos embajadores y miembros del cuerpo diplomático
- Queridos hermanos en el episcopado peruano y obispos auxiliares
- Miembros del cabildo catedralicio.
- Señor Rector de la PUCP, profesor Carlos Garatea Grau
- Autoridades civiles, militares y otras autoridades académicas
- Hermanos y hermanas todos

“La comunidad oraba insistentemente a Dios por él”. A eso hemos venido esta mañana a nuestra Catedral de Lima: a orar insistentemente por el Papa Francisco, sucesor de San Pedro, para que siga fortaleciendo la fe de la Iglesia en medio de las debilidades de esta Iglesia, y también, contando con la sabiduría de sus 86 años, para que la guíe, para que sea fiel a Jesús, y él también lo sea en el trecho histórico de una crisis de larga duración, decisiva, epocal, casi definitiva para la vida de la humanidad.

El texto de los Hechos de los Apóstoles (12,1-11) nos da un detalle: Pedro Apóstol, apresado por Herodes Agripa II durante la semana de Pascua (o también, textualmente por Lucas como “los días de los ácidos”), es semejante a la detención de Jesús, quien en el tiempo de Pilatos, había celebrado también, en el día de los ácidos, la cena del cordero pascual e instituyó la Eucaristía. Esto nos hace ver que Pedro es el testigo de Jesús en una circunstancia similar, y que el plan de Herodes Agripa era presentarlo ante el pueblo para ser ejecutado (como a Jesús), pero después de Pascua. Con mayor razón, el relato nos invita a ver en Pedro Apóstol a alguien que transparenta a Jesús, y que corre su misma suerte: la del peligro de muerte y la salida resucitadora, en suma, Pedro *testigo fiel y servidor de Jesús*.

Pero podemos también entender por qué oraba tan insistentemente la Iglesia por él. Porque la Iglesia conocía que Pedro, siempre animoso y entusiasta de Jesús, estaba también cargado de debilidades, tales que incluso se había negado a dar testimonio de Jesús negando conocerlo, cuando contrastó la imagen triunfante que se hizo de él, y como normal galileo resentido contra la opresora Jerusalén, con la docilidad de siervo sufriente que Jesús mantuvo siempre y, especialmente, durante su pasión.

La innegable sinceridad del camino del apóstol Pedro con Jesús no quita su debilidad humana, pero tampoco quita su disponibilidad a dejar que Jesús lo interpelara y lo inspirara. Por eso la Iglesia oraba intensamente, para que en el momento difícilísimo de Pedro, él actuara como testigo de Jesús y no por sus locas ilusiones.

En efecto, al apóstol no le faltaron “locas ilusiones que lo sacaran de su pueblo”, como lo decimos en un vals criollo, como sucede a todo ser humano varón o mujer en la vida, y

le sucede también a todo creyente. El Papa Francisco, hace cinco años, en un día como hoy, Fiesta de San Pedro y San Pablo, dijo unas palabras que logré escuchar personalmente:

“Aun cuando sus vidas no fueron cristalinas y lineales, ambos eran de ánimo muy religioso... Pero cometieron grandes equivocaciones... Y después de todos estos sucesos confió en ellos, **en dos pecadores arrepentidos**”.

Dice el Papa Francisco: “Podríamos preguntarnos: ¿Por qué el Señor no nos dio como testigos a dos personas irreprochables, con un pasado limpio y una vida imaculada?... Hay una gran enseñanza en todo esto: el punto de partida de la vida cristiana no está en el ser dignos; con aquellos que se creían buenos, el Señor no pudo hacer mucho. Cuando nos consideramos mejores que los demás, es el principio del fin. Porque el Señor no hace milagros con quien se cree justo, sino con quien se reconoce necesitado. Él no se siente atraído por nuestra capacidad, no es por esto que nos ama. Él nos ama como somos y busca personas que no sean autosuficientes, sino que estén dispuestas a abrirle sus corazones. Pedro y Pablo eran así, transparentes ante Dios. Pedro se lo dijo a Jesús de inmediato: «Soy *un pecador*» (Lc 5,8). Pablo escribió que él era «el menor de los apóstoles, no digno de ser llamado apóstol» (1 Co 15,9). Mantuvieron durante su vida esta humildad, hasta el final: Pedro crucificado boca abajo, porque no se consideraba digno de imitar a su Señor; Pablo, encariñado con su nombre, que significa “pequeño”, y desapegado del que recibió cuando nació, Saúl, nombre del primer rey de su pueblo. Comprendieron que la santidad no consiste en enaltecerse, sino en abajarse, no se trata de un ascenso en la clasificación, sino de

confiar cada día la propia pobreza al Señor, que hace grandes cosas con los humildes. ¿Cuál fue el secreto que los sostuvo en sus debilidades? El perdón del Señor.

Redescubrámoslos, por tanto, como *testigos de perdón*. En sus caídas descubrieron el poder de la misericordia del Señor, que los regeneró...en su perdón encontraron una paz y una alegría irreprimibles. Con todo el desastre que habían realizado, habrían podido vivir con sentimientos de culpa... Humanamente habían fallado; pero sin embargo se encontraron con un amor más grande que sus fracasos, con un perdón tan fuerte como para curar sus sentimientos de culpa. Sólo cuando experimentamos el perdón de Dios renacemos de verdad”.

Por eso, hermanos, la Iglesia oraba intensamente, porque si hay algo de difícil en nuestras vidas en este tiempo de crisis total en el mundo, es que nos encerramos y nos creemos tener la razón; nos creemos, incluso, dioses; países, sociedades y personas, tendemos a creernos perfectos, y despreciamos unos a otros, especialmente, despreciamos a los más vulnerables y marginados, ignorando que estamos ciegos y que eso nos lleva a destruirnos más, porque renunciamos a lo más valioso que tenemos: nuestra humanidad sensible y necesitada de amor. Y la Iglesia ora hoy mucho más intensamente por el Papa Francisco que, pecador como todos - así lo ha reconocido muchas veces en estos 10 años- sea, por el Espíritu, testigo transparente del Padre Dios y de su hijo Jesús.

No es una homilía el lugar para recorrer y elogiar todas las maravillas y mostrar los límites de un papado y hacer una evaluación. Evidentemente, este papado está marcando

decisivamente el difícilísimo momento de la historia que vivimos. Nosotros los peruanos tenemos su legado más importante en los mensajes que nos dejó el 2018 y que podemos revisarlos en casa.

Solo quedémonos hoy con la transparencia que Francisco va siendo de Jesús, y lo va siendo para nuestro mundo, para la Iglesia de hoy y para el Perú de hoy, en aquella nota clave del proyecto de Iglesia misionera en salida hacia las periferias que Francisco ha soñado: el proyecto de la sinodalidad.

Y para eso, contemplemos el texto del Evangelio (Mateo 16,13-19) en sus dimensiones sinodales. Jesús camina con sus discípulos y llega a Cesárea de Filipo. Primera muestra de un Jesús sinodal: camina con sus discípulos. Pero Jesús quiere también comunicarles, revelarles algo importante de sí mismo a ellos. Y para comunicarlo, no lo hace de golpe, más bien, pregunta y escucha. Esto también es sinodal, preguntar y escuchar, palabra que hemos frecuentemente escuchado en el último tiempo en toda la preparación en el Sínodo que se realizará en octubre.

Jesús no impone su proyecto, escucha lo que piensa la gente y lo que piensa el grupo que Él ha llamado. Es todo menos un impositivo y un autoritario.

“¿Quién dice la gente que es el “hijo del hombre?””. Esta pregunta es acerca de un personaje que se hizo popular durante la persecución del pueblo judío, la sanguinaria y cruel de Antioco IV. Se escribió en ese tiempo el libro de Daniel, en el que se manifiesta que el Hijo del Hombre viene entre las nubes del cielo a salvar a Israel como juez. Pero la gente lo va a interpretar popularmente, y va a sentir que ese que debía venir como el Hijo del Hombre entre las nubes del cielo, ya estaba presente en su historia ya estaba escondido

viviendo entre los más olvidados y últimos, y que se revelaría desde lo escondido.

Y Jesús, escuchando lo que piensa la gente, no defiende, en primer lugar, su identidad para aclararla, ni les hace callar, ni corrige las opiniones para mostrarse más. Jesús quiere entender los sentimientos de la gente sencilla, sus relatos, su narrativa, porque quiere servirlos comprendiendo lo que sienten y valorando su intuición.

En efecto, la gente añoraba personas como Juan Bautista, como Elías, como Jeremías o los profetas. Y ven en la figura de Jesús y del Hijo del Hombre, a estos personajes que eran testimonios de sencillez y bondad. Como en el Perú hoy, que anhelamos personas como Carrión, como Daniel Alcides y como José Faustino, como Ugarte, como Bolognesi, como Quiñones, como Grau, como Rosa de Lima, como Martín. Es decir, testigos sencillos, pecadores, pero profundos testigos del bien por el reconocimiento de sus límites y pecados, no por su arrogancia, y dispuestos a dar su vida por la Patria y el bien común.

Este modo sinodal de Jesús llega a preguntar y escuchar a sus discípulos también, esta vez, por su propia identidad: “¿Quién dicen ustedes que soy yo?” Y escucha a nombre de todos la voz de Pedro, y la respuesta de Pedro tiene algo muy interesante: “Tu eres el Mesías, el hijo del Dios vivo”.

Jesús valora esta palabra, pero sobre todo valora a Pedro como persona, y lo felicita, lo declara feliz, bienaventurado, porque para decir eso, ***se ha dejado llevar por lo que Dios Padre le ha revelado en su experiencia de caminar con Jesús***, de tal manera que también son sinodales esas palabras, porque ha tenido en cuenta lo que el Padre le

inspira, y no por la carne ni la sangre, ni por sus locas ilusiones.

Es esta apertura para depender de la inspiración del Padre, lo que hace que Pedro, fundamento, roca, de la Iglesia, sea su principal misión: la disponibilidad, la docilidad a renunciar a la loca ilusión y a la arrogancia pecadora. Así, sólo así, Jesús puede construir la Iglesia a partir de él.

Y ese es el fundamento de toda vida cristiana y humana: la apertura a dejarse interrogar, interpelar y abandonar todo encerramiento empecinado e impositivo.

Por eso, el Papa Francisco lo está siendo para el tiempo complejísimo y desafortunadamente arrogante, basado solo en el “bussines” y en el cálculo del dios dinero, en las ambiciones de todo tipo, en el surgimiento de actitudes dictatoriales, guerreristas y arrogantes en todo el mundo, con desprecios y exclusiones hacia los vulnerables y excluidos y excluidas del mundo en que vivimos.

Francisco es signo de Jesús que pregunta, escucha, valora, aprecia, mediante la participación de todos y todas como hermanos. Y así, su nota clave de inmensa reforma eclesial que se avecina, es la **sinodalidad de Jesús** que hemos de plasmar como testigos en este mundo para hermanarlo y ayudarlo a impedir que se siga dividiendo, se destruya y se suicide.

Por eso, Francisco sigue e invita a seguir en toda la Iglesia el único camino que lleva a la salvación: acoger y vivir los mismos sentimientos de Jesucristo, que como dice la Carta a los Filipenses: *“el cual siendo de condición divina, no retuvo para sí su categoría de Dios, sino que se anonadó, tomando*

*la condición de siervo, sufriendo como uno de tantos, y sometiéndose a la muerte y una muerte de Cruz”.*

Hermanos y hermanas, el Papa Francisco, el Pedro Apóstol de nuestro hoy, nos invita a seguir este único camino que nos conduce a la Resurrección. Lo está promoviendo en la Iglesia, pero invita a que creyentes y no creyentes de todas partes del mundo, estemos dispuestos a ser sensibles a los sufrimientos de las mayorías de la humanidad y de la creación, y emprendamos el proceso regenerador de la humanidad.

No olvidemos lo que dice el Papa: “En sus caídas descubrieron el poder de la misericordia del Señor, que los regeneró”. Oremos, pues, por nuestro Papa Francisco, para que guiados por su testimonio, lleguemos a nuestra conversión y a la regeneración de nuestro Perú y nuestro mundo.

Amén.